

Premio Nobel de la Paz 2012

LA UNIÓN EUROPEA

Ángel Sánchez de la Torre

■ ¿Qué nos dice el nombre de “Europa”?

Haber recibido el Premio Nobel de la Paz en el año 2012 significa para la Unión Europea dos retos que están sometidos a enjuiciamiento histórico: haber establecido un proceso de cooperación entre Estados europeos que durante siglos han protagonizado guerras y violencias recíprocas; y estímulo para que en adelante se afirmen los instrumentos de comunicación y de mutua ayuda que impulsen el progreso interno y que contribuyan a establecer relaciones pacíficas entre todos los países del mundo.

El nombre mismo de “unión europea” merece esa recompensa y asume tal responsabilidad. Efectivamente la “unión” es un proceso dinámico que no constituye instituciones rígidas como sería la “unidad”, pero que incluye evitar “secesiones” donde pudieran surgir nuevos obstáculos para la cooperación o al menos debilidades frente a otros poderes culturales, sociales, económicos y estratégicos mundiales.

En cuanto a Europa misma, hay que considerar su entidad y sus proyecciones mirando más allá de las circunstancias históricas inmediatas que subrayan la importancia de un “Premio por la Paz” asignado en 2012. Europa tiene su pasado y se enfrenta a su futuro.

Como en todos los fenómenos históricos, para Europa el pasado contiene ya al presente, y el presente contiene ya al futuro. Pero lo que signifique Europa para la paz interna y para la paz mundial hay que entenderlo comenzando desde el principio. In-

cluso desde los tiempos en que cooperación y violencia no tenían sentido propio, dado que lo único que podía ser considerado era el hecho de la supervivencia de individuos y grupos.

Además, las transformaciones que los actuales componentes de la Unión Europea han experimentado singularmente son infinitas en su transcendencia sociológica y en su evolución histórica, donde las influencias recibidas exceden a las manifestaciones de la entidad propia.

Tomemos como ejemplo uno de los Estados miembros de la UE, Malta.

La isla de Malta pudo haberse llamado Ogigia en los poemas de Homero. Recalaron e impusieron su poder en ella fenicios, griegos, cartagineses y romanos a finales del siglo III a.C. En su costa naufragó el apóstol Pablo de Tarso. Después de Teodosio, perteneció al Imperio Romano de Oriente, hasta que la invadieron vándalos y ostrogodos y la recuperó el Imperio Griego. Fue invadida por los islamitas en 870, reconquistada por el normando Roberto II de Sicilia en 1127 y desde 1194 pasó con este reino al emperador de Alemania Enrique VI. En 1266, se apoderaron de ella los franceses hasta que el rey de Aragón Pedro III instaló el poder español. En 1530, Carlos V cedió Malta a los Caballeros de San Juan de Jerusalén y sus sucesores la ayudaron a resistir al avance turco. En 1798, Napoleón se apoderó de Malta durante su expedición a Egipto, y la armada inglesa la restituyó nominalmente a la Orden, llamada desde mucho tiempo antes “de Malta”, en 1800, pero siguió teniéndola bajo su poder hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Durante ésta era territorio integrado en la Commonwealth y sometido a bombardeos desde Italia cuando era parte del Eje ítalo-alemán, hasta que a partir de 1954 se desarrollan procesos de participación política libre conducentes a la creación de su Estado independiente.

El resto de los países europeos ha atravesado incidencias análogas. Esta gran península, situada al oeste del continente asiático y comunicada por mar con el africano, ha recibido su nombre de las actividades que en tiempos antiguos realizaban algunos de sus pobladores y que luego se han extendido al conjunto territorial que ahora conocemos, donde aproximadamente la mitad no pertenece al ámbito de la Unión Europea. Y esas actividades eran producto de las comunicaciones que unas poblaciones establecían con otras. Obviamente, las más dinámicas, en pequeños grupos eran las que se asentaban en las orillas de mares y ríos; y, en grandes grupos, las que se trasladaban desde las estepas asiáticas hacia el occidente, como fueron sucesivamente celtas, germanos, magiares, etc.

Dentro del milenio anterior a nuestra era, la presencia de fenicios avanzaba por la costa africana hasta el ahora llamado Mediterráneo Occidental, y la presencia de griegos alcanzaba esos mismos confines siguiendo la costa norte de ese mismo mar. Se trataba de navegantes que buscaban instalar colonias y adquirir riquezas mediante el comercio o en su caso mediante la violencia.

Europa recibe su nombre de aquella actividad. Durante el siglo IX eran los Eubeos, que enseguida fueron denominados Europeos. Estos nombres denotan la actividad mercantil pero también el uso de tácticas predatorias y casi guerreras. Como revelan sus nombres en idioma griego, *eubaío* significa “buen navegar”, y *európe* “buen negocio”, “buen viaje de negocios”, de la misma manera que *eunóstos* –nombre de un puerto que existió en el delta del Nilo– significaba “buen regreso”. Tales denominaciones explican la sustitución por los griegos de la aventura fenicia, donde el mito de Europa, raptada por Zeus en Tiro y llevada a Creta, legitima la empresa helénica; del mismo modo en que el traslado de Dido a Cartago da fe de su causa: la invasión de las costas mediterráneas por los asirios. Parecería que la conciencia primordial europea se reflejase para estos colonizadores en un texto de la Primera Pítica de Píndaro (Beocia, siglos VI-V): “La primera alegría del navegante es un viento favorable al inicio del viaje, pues hace presagiar que también, al final, es seguro el regreso”.

Donde hay amplias coincidencias es en asignar a la mayor parte de los grupos europeos el carácter de “jaféticos”, procedente de la tradición bíblica referida a la repoblación del mundo tras el Diluvio, donde reciben cierta unificación varias estructuras religiosas, lingüísticas y etnológicas actuales, hacia el oeste y el sur de los Montes Urales.

■ ¿Qué sabemos de los intentos históricos de “unificar” Europa?

Ha habido iniciativas diversas: unas como expansión política desde ciertos países. Otras anteriores como aprovechamiento de riquezas que había que buscar fuera de los límites propios. Otras como extensión de nociones geográficas que los científicos acuñaban para abarcar territorios más amplios que el propio. Pongamos ejemplos antiguos.

Parece que en el siglo IV a.C. Alejandro de Macedonia encargó al navegante Pyteas de Marsella bordear el Atlántico norte para descubrir si había paso por el mar Báltico hacia la India. El Imperio Romano llegó a abarcar las Islas Británicas y el territorio europeo al sur del Elba y del Danubio, pero conociendo que en las tierras norteñas ha-

bía germanos y escitas (eslavos). El franco Carlomagno intentó reconstruir el Imperio Romano de Occidente y asimiló para ello a sajones y ávaros, tras haber rechazado a los hunos. El Imperio Sacro Romano se prolongó con diferente extensión y fuerza desde el siglo X hasta el siglo XVIII.

La extensión del Cristianismo como religión organizada en iglesias locales y supranacionales, configuró también amplias zonas de Europa y de países actualmente asiáticos, con preeminencia –según tiempos y lugares– de grandes obispos y sobre todo papas, que ejercían influencia unificadora, rivalizando a veces con otros magnates eclesiásticos, en Jerusalén, Antioquía, Constantinopla, Roma, Cartago (tras la invasión ostrogoda de Roma), Aviñón (durante el Cisma de Occidente), Atenas, Moscú, etc. Su presencia influyó también, a veces como factor expansivo de creencias religiosas, y otras veces como instrumento utilizado para expansiones y reivindicaciones políticas, y no solo como evangelización para la conversión a una fe determinada. En cierto momento Europa ha sido identificada con el Cristianismo, sobre todo en la expansión colonizadora de distintas potencias europeas en América, Indostán y África, a partir del siglo XVI.

La influencia de la religiosidad cristiana, sin embargo, no puede ser entendida solamente como fenómeno social y cultural dotado de formas y contenidos propios, sino que configura matices culturalmente relevantes que han impregnado a Europa con caracteres diferenciadores respecto a las expansiones y unificaciones políticas y económicas que hayan tenido lugar en otras áreas del planeta. Los perfiles actuales de la denominada “cultura occidental” vienen influidos por la índole propia de los europeos considerados en general.

Uno de esos aspectos es el sentimiento de la dignidad personal radicada en cada individuo humano (no derivado de situaciones singulares dentro de marcos familiares, políticos, éticos o étnicos); y otro es el sentimiento de que la dignidad personal se decanta en libertad de participación en las organizaciones colectivas (desde las religiosas hasta las políticas).

Tales ideas se refuerzan desde el mantenimiento de ciertas intuiciones teóricas surgidas ya expresamente en la mente de pensadores griegos y romanos sobre dichos supuestos. Lo que sí podemos afirmar es que tales principios no ocurren de la misma manera, y a veces no se dan en absoluto, en países no crecidos en la cultura que llamamos “europea”. La denominación de valores humanos en términos de “dignidad intrínseca e igual” y de “libertad social y política” ni siquiera aparece en lenguajes dis-

tintos de los que denominamos indoeuropeos, a no ser que aceptemos generosamente ciertas analogías que no llegan al fondo de lo que “dignidad”, “libertad”, “igualdad” significan, referidos a cada persona individual, entre nosotros.

¿No será esto razón suficiente para que, lo que significa ahora la UE, merezca el Premio Nobel de la Paz?

Volvamos al realismo aportando matizaciones concretas. El comercio antiguo incluía el tráfico de esclavos. Muchas de las expediciones mercantiles antiguas tenían por objeto la captura de hombres, mujeres y niños para asignarles a realizar ciertos servicios –desde ramerías hasta eunucos, luchadores, y soldados mercenarios– o para exigir rescate por ellos. Este fenómeno ha existido formalmente hasta el siglo XIX en Europa, y aún hasta pleno siglo XXI en países autodenominados socialistas, e incluso se califica como esclavitud proletaria la situación de ciertos trabajadores por cuenta ajena en países cuyo régimen económico es el capitalista-liberal.

Había formas menos violentas de tráfico de personas. Tal era la condición de rehenes personales, a través de los cuales ciertos poderes políticos y militares garantizaban la alianza de otros sometidos a ellos. Y se llegaba a manejar a personas, dentro del más alto rango de las autoridades políticas, para establecer alianzas a través de intercambios familiares donde mujeres de una dinastía eran casadas con hombres de otra, de tal modo que repercutían en la garantía de establecer paz y ulteriores cooperaciones entre dos países, bien para integrar territorios, bien para defenderse o fortalecerse frente al exterior.

Recordemos esos fenómenos en antecedentes conocidos en nuestro país. El cartaginés Asdrúbal (el hermano de Aníbal, durante la campaña de este en Italia) tenía encerrados en Cartagena cientos de hijos e hijas de jefes españoles para garantizar que estos mantuvieran alianza, voluntaria o tras haber sido derrotados. Y el romano Publio Cornelio Escipión los liberó, en su campaña de 208 a.C., para invertir el sentido de las alianzas.

Análogamente, tras la invasión árabe, el gobernador Alkama retuvo en Gijón como rehén a la hermana del cántabro Pelayo (*pal-ainos*, “señor de la montaña” en celta) para asegurar la inacción de éste que, a su vez, se hallaba como rehén en Córdoba, de donde escapó, pues era hijo del duque Fáfila de Cantabria en el reino visigodo español. Otro ejemplo es el del rey cántabro-astur Froila, nieto de Pelayo, que tuvo con la rehén navarra Munia el hijo que sería el gran organizador y guerrero Alfonso II.

¿No observamos ya en estas conductas, colindantes entre la guerra y la paz, el precedente del famoso dicho difundido desde el siglo XIV europeo: *Alii bella gerant tu, Felix Austria, nube?* De modo distinto a los destructores invasores guerreros, la dinastía de los Austrias establecía enlaces políticos mediante enlaces conyugales. En lugar de las armas, las rosas. Con eficacia desigual, pero desde luego menos violenta. La comunicación más pacífica era la comercial, y la belicosa quedaría regulada como último recurso, si bien a veces necesario: *Ultima ratio bellum*. El arreglo de cuentas establecidas en sangre, y no en metales preciosos de prosperidad común, debería relegarse a su mínima expresión...

La historia de Europa queda enmarcada en esta polaridad. Hay una necesidad primordial, y de ello tenemos recuerdo en cierto refrán inglés: “navegar es lo más necesario”. Lo que se haya de buscar podrá adquirirse por las buenas (compraventa, colonización pacífica) o por las malas (rapto, guerra, botín). Ambos significados están incluidos en la palabra griega *Európe*. Lo que sucede es que, posteriormente, las incursiones no tenían lugar solamente por la navegación, sino por las invasiones continentales. Y también que muchas guerras surgían desde el egoísmo exacerbado de reyes, que personalizaban en sí mismos la dignidad y libertad que habrían arrebatado al conjunto de sus súbditos.

El vaivén de los sucesos históricos resulta, así, del vaivén de la vigencia de los valores morales en los individuos y en el conjunto de la sociedad, según que estos los posean o los desprecien.

¿Podríamos precisar el modo en que tales comunicaciones llegaron a civilizarse, al servicio de la dignidad personal y de la igual libertad política, en un proceso discontinuo pero imparabable, hasta llegar a fijarse en el mérito que actualmente ostentan el pequeño grupo de países cuya cooperación pacífica está organizada en la actual UE?

No podemos simplificar en preguntas como estas: ¿son más determinantes los gobernantes que el conjunto de los habitantes del país? ¿Quién ha sido más importante, entre Cristóbal Colón, Napoleón Bonaparte y Mozart? ¿Pueden los regímenes democráticos explicar el colonialismo del siglo XIX o la llegada al poder de A. Hitler y de J. Stalin?

En el ámbito de la cultura europea hubo, en diferentes momentos, auténticas explosiones culturales como las de Atenas, Alejandría, Siracusa, Roma, París, Florencia, Países Bajos, Sevilla, Londres, Berlín o Viena. A estas últimas solemos denominar

“renacimientos” que, a su vez, han ofrecido aspectos singulares respecto a aquellas otras “clásicas”. Tales continuidades se han visto interferidas por algún tipo de discontinuidad, y su conjunto ha constituido la realidad europea tal como la conocemos. Aunque puede ser vista desde otras perspectivas, podríamos sugerir que la cultura europea se significa en temas como los siguientes: centralidad humanista, personalismo ético, imaginación científica, complementariedad entre valores políticos y religiosos (y a veces conflicto entre los mismos), proyección comunicante (*ius communicationis*).

■ Procesos históricos de unificación europea desde el observatorio español

España es uno de los Estados miembros de la UE, y uno de los países presentes en la historia europea. Desde hace tres mil años aparece con este nombre, ante otros pueblos europeos, como territorio situado entre los montes Pirineos y el mar donde se pone el sol. Altas montañas y anchos ríos separan unas poblaciones de otras. Navegantes fenicios, griegos, cartagineses, romanos y normandos llegan a sus costas. Pueblos nómadas como suevos, alanos, vándalos, visigodos, árabes y bereberes invaden sus tierras. El sustrato celta asimila en diferente medida esa variada presencia, cada una de las cuales sedimenta imponiendo sus propios perfiles a la organización o a la explotación –en variadas proporciones– del conjunto de los habitantes.

Desde su situación casi periférica, España participa en los diferentes procesos históricos de unificación. Pero generalmente nuestros historiadores no se fijan mucho en puntos muy importantes de este asunto. En una exposición sinóptica veremos brevísimamente cinco aspectos de esta participación: España romano-goda, reinos medievales, equilibrios políticos (medievales y modernos), expansión mundial de la presencia europea y partidismos contemporáneos en los españoles.

Europa desde la Hispania visigoda

Mediado el siglo VII, social, legal y culturalmente se había producido la integración política e incluso lingüística de la península. Su idioma culto era el latín. En 635 moría el obispo de Sevilla Isidoro. Dejaba escrito un conjunto de libros que se convertiría en texto de referencia durante los dos siglos siguientes en toda Europa, incluyendo a los núcleos científicos carolingios a partir del 770: el lenguaje latino, el compendio de conocimientos históricos y científicos y la liturgia cristiana fueron su empeño. También

opina muy claramente sobre la paz y la guerra, donde *bellum sit pessimum* (Eтым. XVIII, I, 9) tras recordar la frase de Virgilio *bella, horrida bella*.

Lo que interesa subrayar aquí es la amplitud de sus conocimientos etnológicos. Aunque recoge el pensamiento clásico acerca del Estado, del Derecho y de la dignidad y libertad de las personas, sus referencias concretas son hacia los pueblos mismos, incluso para relatar su cultura jurídica y política.

Habría de entenderse que no había cuajado definitivamente la estabilidad territorial de sus organizaciones. Pero mencionaba los pueblos antiguos, de la época bíblica y de la antigüedad greco-romana (dárdanos, gabaonitas, gentiles, griegos, hebreos, helenos, hesperios, cartagineses, bactrianos, árcades, amorreos, atlantes, atenienses, etíopes, africanos, agarenos, moros, acarnanios, tirios, tesalios, tracios, asirios, sicilianos, escitas, sármatas, romanos, filisteos, pelasgos, númidas, nabateos, negros, macedonios, romanos, latinos, ligures, marsellenses, libios, idumeos, lacedemonios); así como los llegados más recientemente a tierras europeas (francos, galos, godos, germanos, getas, gétulos, bessos, bretones, búlgaros, borgoñones, vándalos, suevos, sajones, sarracenos, masagetas, hunos, etc.); y desde luego los más notorios, por diversas razones, entre los pobladores anteriores (galaicos, celtíberos, cántabros, astures, vascones, lusitanos, béticos, iberos e hispanos en general incluyendo los tingitanos o transfretanos).

No dejaba de apuntar también las confesiones religiosas según denominaciones que se iban decantando: cristianos, católicos, arrianos, herejes, apóstatas, infieles, etc. En definitiva, desde los libros de Isidoro de Sevilla se percibe la descripción de lo que se iría asentando como nuevo mundo cultural y político de Europa en los siglos posteriores, tras haberse acrisolado en las turbulencias propias de aquellas épocas.

Los reinos españoles y su mirada hacia el resto de Europa

Los españoles no intervinieron en la mayor empresa colectiva europea que fueron las Cruzadas (1095-1270), si bien aquellas hazañas no pasaron inadvertidas. Jaime I se propuso en algún momento reconquistar el Santo Sepulcro, y en el cerco de Acre –durante la Cruzada protagonizada por San Luis de Francia, anterior a la última dirigida contra Túnez– la infanta española Leonor de Castilla acompañó, e incluso salvo la vida cuidándole de una herida envenenada, a su esposo el Príncipe de Gales, que llegaría a ser Eduardo I.

Pero la razón de tal ausencia respecto a las Cruzadas en Tierra Santa acredita la presencia europea de los reinos españoles: pues todos los demás europeos consideraban que España ya tenía su auténtica cruzada en la reconquista territorial contra invasores sirios, árabes y magrebíes, dando cara, en su propio territorio, a los mismos enemigos que, tras haberse convertido al absolutismo islámico, habían cerrado la comunicación con los Santos Lugares.

A su vez, la ayuda europea a la reconquista española se concretó en diversos episodios. En la toma de Toledo por Alfonso VI intervinieron caballeros franceses, italianos y normandos. Escuadras de Génova y Pisa apoyaron, poco después, a Alfonso VII en la conquista de Almería. Más tarde, en la conquista de Granada, estuvieron voluntarios de Alemania, Inglaterra, Francia e incluso un cuerpo de mercenarios suizos, organizado como tropa profesional bajo el estandarte de los reyes, y que inspiraría las tácticas de infantería que más tarde practicó el ejército español en Italia y en Flandes.

En paralelo se ejercía gran colaboración en el ámbito de las profesiones jurídicas y médicas y de los estudios bíblicos. Las universidades españolas que llegaron a pleno esplendor durante el siglo XVI se habían iniciado modestamente, pero con gran eficacia, fundadas en Palencia (1212), Salamanca (1230), Alcalá (1293), Lérida (1300), Perpiñán (1342), Huesca (1359), Valencia (1411), Barcelona (1450), Zaragoza (1474), entre otras. Los profesores procedían de toda Europa llamados por los reyes y obispos fundadores, y no solo de los monasterios y cabildos locales; y los alumnos viajaban a otras prestigiosas universidades europeas (Edimburgo, Bolonia, París, etc.).

Aparte de episodios anteriores, como la alianza del rey asturiano Alfonso II con Carlomagno, al que envió como regalo objetos que había cobrado en la toma de Lisboa, y que apoyó decididamente al monje lebaniego Beato en su polémica trinitaria contra los obispos (cuyas sedes estaban situadas en zonas ocupadas) Félix de Urgel y Elipando de Toledo; la presencia de los reyes españoles no adquirió relevancia continental hasta la toma de Toledo (1085) por Castilla (el rey Alfonso VI puso por gobernador de su alcázar al después legendario Ruy Díaz de Vivar), y de Zaragoza por Alfonso I de Aragón (1118), apoyado por las tropas de su esposa, Urraca de Castilla.

Unas generaciones antes, Sancho III de Navarra y Aragón, casado con Mayor de Castilla (además del compromiso nupcial de su hijo Fernando con Sancha, hija del rey de León y Galicia), fue considerado “Emperador de España”, título que empleó en algún documento Alfonso VI y más tarde Alfonso VII (“Rey de Reyes”).

Alfonso VI de Castilla, el conquistador de Toledo, se veía ya a la altura de los mayores soberanos europeos. Dio sus hijas Jimena y Teresa en matrimonio a los príncipes Raimundo y Enrique de Borgoña, que le habían ayudado en la conquista de varios territorios lusitanos. El gobierno de Enrique en la tierra comprendida entre Duero y Tajo daría origen al posterior reino de Portugal. Él mismo tuvo por esposas a la princesa francesa Constanza, a su muerte a la alemana Berta, y por último a la toledana Zaida, hija del rey Almamún al que concedió el feudo de Valencia. Todos los taifas islámicas pagaban tributo a este rey cuya frontera abarcaba ya desde Medinaceli hasta Ciudad Rodrigo. Durante años fue encargado de cobrar estos tributos el legendario Alvar Fáñez Minaya, compañero del Cid en el *Poema*, a quien ayudaba también el obispo francés Jerónimo, constructor de la catedral de Zamora.

Muy pronto habrá culminado estratégicamente la Reconquista: entre la victoria de Alfonso VIII (Rey de Castilla y Señor de Guipúzcoa y Vizcaya) en Navas de Tolosa (1212), ya en el valle del Guadiana; y la toma de Córdoba, de Sevilla y de Cádiz, dominando la cuenca del Guadalquivir, medio siglo después, por su nieto Fernando III.

Durante los siglos XIII, XIV y XV, las Casas Reales españolas se enlazan fuertemente entre sí, y se extienden también hacia dinastías europeas. Tales entrecruzamientos son debidos más a razones políticas que a pasiones eróticas (muchas veces los novios no se conocían de vista, e incluso pertenecían a generaciones distintas), pero construyen los surcos donde crecerá el destino común europeo (con resultados variables, se verá).

El momento culminante es el desposorio de Fernando III de Castilla con la alemana Beatriz de Suabia, prima del emperador Federico II (siglo XIII). De esta relación provino la causa de que su hijo Alfonso X reclamase durante un largo tiempo el título de Rey de Romanos que le habría propiciado ser tenido seguidamente como emperador. Varios electores le apoyaron en algún momento pero resultó otro pretendiente el preferido.

Esta política de compromisos entre dinastías produjo un juego de cooperación y de rivalidad, alternativamente, según que los intereses territoriales y económicos favorecían a algunos con perjuicio de otros. Sería difícil establecer un balance que no fuera positivo si miramos al modo en que se consiguió la unidad política de la totalidad de los territorios peninsulares y de otros aledaños, en la persona de Felipe II.

El proceso fue muy complejo. A fines del siglo XV, Enrique IV de Castilla se casó primeramente con Blanca, reina de Navarra (que lo dejó como heredero del reino en su

testamento) y luego con Juana, hija de Eduardo de Portugal. En la vertiente aragonesa, Leonor, hija de Juan II de Aragón, fue desposada por Gastón de Foix (cuyos derechos en la Dinastía francesa heredó a su muerte su hermana Germana, con la que se casó en segundas nupcias Fernando el Católico, al que dio un hijo que murió a los dos años de edad). Y herederos de ambos reinos llegaron a ser, tras varias incidencias, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, que por cierto proyectaron su boda tras haberse conocido por retratos y otras referencias que sus amigos les facilitaban y se casaron, esta vez enamorados, en 1469.

En estos intercambios de rehenes-esposas entre diferentes Reinos, podemos hasta seguir la manera en que ciertos nombres se ponían de moda entre las familias principescas. Hubo varias reinas llamadas Blanca: la hija de Carlos II de Anjou casada con Jaime II de Aragón; anteriormente Blanca de Borbón, casada con Pedro I de Castilla.

Además de la esposa de Fernando III, otras Beatriz: su nieta Beatriz casada con Alfonso III de Portugal, y su biznieta Beatriz casada con Alfonso IV de Portugal.

Mucho habría que detallar en estas relaciones entre consortes regios. Alfonso X se hubiera casado con la princesa noruega Cristina si se hubiera divorciado –tal como se proponía– de Violante, hija de Jaime I de Aragón. Fernando IV de Castilla (1279-1325) se casó con Constanza, hija de Diniz de Portugal.

Muchas princesas españolas fueron también desposadas por reyes o príncipes extranjeros. Juan de Gante, Duque de Lancáster, se casó con la hija de Pedro I de Castilla Constanza. Teobaldo II de Navarra con Constanza de Aragón. Luis VII de Francia con Constanza de Castilla. Federico IV de Sicilia con Constanza hija de Pedro IV de Aragón.

Por su lado, el Reino de Aragón, nacido desde el pequeño enclave restante de los indoeuropeos que habitaron España en la antigüedad (Sobrarbe, del latín *super* y del primitivo *arbi*, ambos términos significando “señorío”), se extendió hacia el Mediterráneo cuando Petronila de Aragón (1137-1172) fue desposada, siendo casi una niña, con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV (1131-1162). Ramiro II se casó con Inés de Poitiers, hija del Duque Guillermo IX de Aquitania. Pedro II de Aragón se casó con María de Montpellier y fueron los padres de Jaime I. Pedro III de Aragón con Constanza de Sicilia. Pedro IV de Aragón se casó con María de Navarra y también con la condesa de Urgel, Teresa de Entenza. Jaime I había emparentado, en sus casamientos, con Alfonso VIII y con Alfonso X. Este último enlace le permitió llegar a delimitar pací-

ficamente con su yerno conflictos fronterizos con Castilla, y participar en la conquista de Murcia que pasó a pertenecer al rey castellano.

Jaime II se casó con María, hija de Hugo III de Chipre, y Alfonso V de Aragón con otra María, hija de Enrique II de Castilla.

De este modo, en el siglo XIV estaba fraguada ya una tupida red de dinastías, donde la unidad española se fortalecía sólidamente, aunque algún territorio mantuviera independencia política sin romper la unificación cultural y social existente, como se ve. También se ampliaron fronteras hacia la Francia occitana, hacia Cerdeña, Nápoles y Sicilia, y se emprendieron expediciones bélicas exteriores como fueron la jornada de Túnez (Pedro III), la ocupación progresiva de las Islas Canarias (esta vez por Castilla), y la destrucción de la base pirata de Tetuán (en 1400, hasta que en 1492 fue repoblada por moros expulsados de Granada), antes de que fueran liberadas Ceuta por los portugueses y Melilla por los castellanos.

Entre tanto, diversos idiomas romances derivados del latín se extendían por toda Europa adaptándose a los de otro origen, con diversos matices, en dos aspectos: todo el lenguaje científico se expresaba en latín, así como los ritos cristianos; y los dialectos romances se expandían, según diferentes reglas fonéticas, en el conjunto de los pueblos mediterráneos (dejando el latín de influir tan profundamente en algunos de los germánicos, en los uralo-altaicos y en los eslavos y griegos, mientras coexistía entre los hablantes vasco-aquitano y entre los gaélicos, por ejemplo).

No faltaron tampoco esporádicas relaciones internacionales más allá del ámbito europeo. En 1403, Enrique III de Castilla envió un embajador al tártaro Tamerlán, que estaba conteniendo a los turcos y llegó a derrotar a Bayaceto, en la frontera oriental del Imperio islámico. Mucho más tarde, Carlos V y Felipe II mantuvieron relaciones diplomáticas con el Sha de Persia, buscando también alianzas contra la expansión turca.

Quienes llegaron a emparentar con la mayor parte de los reinos europeos fueron los Reyes Católicos, bajo cuyo reinado se reconquistó la totalidad del territorio peninsular, se puso pie en plazas africanas cercanas a Gibraltar, y sobre todo fue descubierto el continente americano. Su hijo Juan, casado con Margarita de Austria murió sin sucesión efectiva. Su hija Juana, casada con Felipe de Habsburgo (hijo del emperador Maximiliano) fue madre de Carlos I como Rey de España y V como Emperador de Alemania. Su hija María fue esposa del rey de Portugal Manuel (el

Afortunado). Su hija Catalina fue reina de Inglaterra al desposarse con Enrique VIII (aquel despendolado degollador de sus otras esposas, tras haber repudiado a la española). Por su lado, Isabel de Castilla había sido hija del rey Juan II, casado con María, hija del castellano Fernando I de Aragón (elegido Rey por Compromiso entre los diversos territorios aragoneses), el cual sería, a su vez, abuelo de su futuro esposo, el aragonés Fernando...

Tuvo también mucha importancia en la unión peninsular la política de los reinos de Francia y de España con respecto al de Navarra. Situado éste entre aquellos, tenía mucha importancia estratégica a pesar de lo pequeño de su territorio. Blanca de Navarra, que había sido esposa de Enrique IV de Castilla, murió sin sucesión, probablemente envenenada en una conspiración favorable a los intereses franceses. Tras breves intervalos fue reconocida como reina su sobrina Catalina, casada con Juan de Albret (1483). Los Reyes Católicos, a través de una serie de tratados, garantizaron la independencia de Navarra frente a Francia, hasta que la excomunión del Albret por Julio II y el apoyo del rey inglés Enrique VIII permitieron al rey Fernando, alegando los derechos que le competían por parte de su padre Juan II de Aragón, y otros títulos, como el testamento de Blanca de Navarra en favor de su difunto cuñado Enrique IV, asegurar militarmente la mayor parte de su territorio, defendiéndolo contra las posteriores ofensivas francesas hasta el año 1521, y organizar su integración en la Corona española, a través de Castilla, en convenios y proclamaciones celebrados entre 1512 y 1515.

Entretanto la política del rey Fernando se entretejía en planes hegemónicos de amplitud continental. El matrimonio de sus hijos Juan y Juana con sendos hijos del emperador Maximiliano, aliado ya con la República de Venecia, establecía un círculo estratégico que sujetaba las aspiraciones francesas al dominio de la península italiana, donde terminarían fracasando ante la eficacia combativa de la infantería española mandada por Fernando de Córdoba y otros. Pero al mismo tiempo, Fernando el Católico establecía un convenio con el derrotado Luis XII (1506, en Saona, Italia), y, viudo ya de la castellana Isabel, llegaría a casarse con Germana de Foix, hija de una hermana del propio Luis XII.

Las políticas de enlaces dinásticos prosiguieron en España. Carlos V y Felipe II tuvieron esposas portuguesas, entre otras. Felipe III y Felipe IV las hallaron en la Casa de Austria, pero sus hijas casaron preferentemente con reyes franceses, Luis XIII y Luis XIV. Pero eso será historia en otros aspectos, cuando se vean en su conjunto los equilibrios políticos europeos en sus dimensiones más amplias.

Dinámica del equilibrio entre las potencias políticas europeas (siglos XIV-XIX)

La Guerra de los Cien Años había comenzado en 1340 y sus hostilidades duraron hasta 1453. De un lado, Francia aspiraba a completar su unidad territorial, sobre todo en Aquitania y Borgoña. Del otro, Inglaterra trataba de impedir la unión entre Francia y los Países Bajos, mientras asimilaba la incorporación de Escocia.

Sus episodios guerreros tuvieron lugar en toda Europa occidental y también, como veremos, en España. Normandía, Calais, Bretaña, Aquitania, Navarra, Aragón y Castilla fueron teatros de operaciones, aunque la importancia de cada uno respecto a los resultados finales fuera muy desigual en cada caso.

Efectivamente, el rey Carlos V de Francia envió a España mercenarios al mando de Duguesclin para luchar contra Pedro I de Castilla, aliado de los ingleses. Estos, por su parte, enviaron al Duque de Gales, llamado El Príncipe Negro, hijo de Eduardo III, para ayudar a Pedro en contra del bando de los Trastámara que pretendía destronarlo. Más tarde, los arqueros ingleses ayudaron decisivamente al rey Juan I de Portugal a derrotar a Juan I de Castilla (1385) cuando este había cambiado de bando. Pues aunque Pedro de Castilla estaba casado con la francesa Blanca de Borbón, se había decantado a favor de los ingleses (tras múltiples incidencias dinásticas en que había ofensas personales, aspiraciones sucesorias, etc.). Entonces, Francia apoyó –como se ha adelantado– al pretendiente Enrique de Trastámara, que mató personalmente al rey Pedro (1369), y la consiguiente alianza franco-castellana llegó a conseguir que la armada española derrotase completamente a la inglesa y subiera por el Támesis hasta Londres (por cierto que el almirante castellano, Pero Niño, se lamentaba de que los marinos vascos acreditados por Castilla para hacer curso contra los ingleses, encontraban más fácil saquear barcos franceses, sin atender a ninguna regla de juego).

También tuvo aquella guerra repercusiones en Aragón. El conde Jaime de Urgel llamó (en ayuda de sus pretensiones a la Corona de Aragón, que se verían defraudadas luego en el Compromiso de Caspe, al que se ha aludido ya) a los ingleses de Aquitania y al rey Enrique IV de Inglaterra, ofreciendo hacer rey de Sicilia al hijo del inglés, Duque de Clarence. Elegido rey en Aragón el castellano Fernando I el de Antequera, este convino con el rey de Francia y con el Duque de York recluir en vida al revoltoso catalán, y así se hizo.

En definitiva, la Guerra de los Cien Años terminó reteniendo los ingleses la plaza de Calais, estratégica en el dominio del tráfico atlántico entre el norte y el sur de Europa.

Otra intervención europea de España, pero esta vez con carácter protagonista, tuvo lugar determinante en la llamada Guerra de los Treinta Años (1618-1648, que continuó entre Francia y España hasta 1652). Su terminación, con la derrota de los Tercios en Rocroi, debilitó la hegemonía de los Austrias (España y Portugal, Países Bajos, Bohemia, Austria, varios electores alemanes, Nápoles y Sicilia) en favor de los Borbones (que apoyaron decisivamente al bando danés-alemán-sueco que había sido derrotado por el bando imperial eficazmente apoyado por los Tercios españoles). Se estableció un nuevo equilibrio, afirmado en el Tratado de Westfalia (1648), a costa de intereses españoles en Centroeuropa, Italia y Antillas, de donde resultaron favorecidos casi todos los demás, especialmente Inglaterra, Holanda, Austria y Francia.

Durante las hostilidades, el territorio danés fue invadido casi totalmente por los imperiales. Acudió en su ayuda el rey de Suecia Gustavo Adolfo II pero su sucesor fue derrotado en Nordlingen (1635). Entonces intervino la Francia de Richelieu, siendo rey Luis XIV. Pactó con varios países para unirlos contra el Imperio. Hizo sublevarse contra los Austrias españoles a Portugal y a parte del antiguo Reino de Aragón. Portugal obtuvo su independencia (1668). Los partidarios catalanes de Francia llegaron a proclamar a Luis XIV Conde de Barcelona, pero diversas negociaciones y la capacidad estratégica del Duque de Olivares, terminaron con esa anómala situación en 1653.

Sus consecuencias para España y Portugal no fueron positivas, sobre todo mirando a sus intereses en el continente americano y en la Polinesia. Inglaterra, Holanda y Francia establecieron bases mercantiles y sometieron a su influencia islas o bases militares que redujeron el poder peninsular (Portugal y España) en tales territorios ultramarinos.

Otra gran ruptura del equilibrio pacífico entre Estados europeos tuvo lugar a comienzos del siglo XVIII, tomando como pretexto la sucesión en el trono de España, a la muerte del rey Carlos II.

Tras haber conseguido cierta hegemonía en Europa, la Francia de Luis XIV fortaleció su situación militar con un ejército que alcanzaba unos 400.000 hombres, fortificó sus fronteras con ayuda de ingenieros como Vauban y otros, se impuso progresivamente en territorios anteriormente españoles como Países Bajos, Franco Condado, Ducado

de Luxemburgo y otros. Entretanto, las intrigas partisanas debilitaban aún más el estado de la Corona española bajo el largo reinado de un rey que no conseguía tener hijos.

Medio siglo después del Tratado de Westfalia, el rey español Carlos II, cuñado de Luis XIV, nombró heredero, en su último testamento, a su sobrino segundo Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y de María Teresa de Austria (hija de Felipe IV), y murió en 1699. En la persona de Felipe de Anjou la conexión dinástica hubiera provocado la integración política de España y Francia (España, sus otros territorios europeos y sus colonias americanas y asiáticas hubieran caído en poder de la Corona de Francia). Inmediatamente varias potencias europeas planearon oponerse a tal situación, tras la proclamación como rey, en noviembre de 1700, del nombrado Felipe V de Borbón. El Emperador de Austria, Leopoldo I, hijo de María de Austria, hija de Felipe III (del cual era a su vez nieto Carlos II), promovió una llamada Gran Alianza (Austria, Principados alemanes, Holanda, Inglaterra, Portugal, Saboya y otros) proponiendo como rey de mejor derecho a su hijo Carlos.

Este desembarcó en Lisboa con tropas holandesas e inglesas (1703). Durante las hostilidades siguientes los ingleses se apoderaron de la estratégica plaza de Gibraltar (1704), y de la isla de Menorca (1707), situada frente a las bases navales francesas de Tolón y Marsella. La mayor parte de las autoridades del antiguo Reino de Aragón se pusieron, a su vez, de parte del pretendiente austriaco, que hubiera sido en España Carlos III.

Las grandes batallas tuvieron lugar en territorios de Portugal, España y Países Bajos (territorios fronterizos éstos entre Francia y Austria).

Tras diversas incidencias, de las cuales fueron importantes la renuncia de Felipe V a todos sus derechos dinásticos a la Corona francesa, y la muerte del emperador Leopoldo al que sucedió en su trono el Pretendiente Carlos (desinteresado por tanto de sus simpatizantes españoles); el Tratado de Utrecht (1714) despojó a España de sus dominios en Italia y en los Países Bajos, de Gibraltar y de las más importantes Islas Baleares. Mallorca fue liberada de los ingleses en el año siguiente, y Menorca mucho más tarde, en 1802.

Esto sucedió ya dentro de otro gran conflicto por la hegemonía continental. Tras la decapitación de los reyes franceses en los inicios de la Revolución Francesa (desde 1789), las monarquías europeas reaccionaron y atacaron a Francia por varias fronteras, entre las cuales se hallaba la española. Pero el régimen republicano francés se

asentó bajo la eficacia militar que desarrolló en diversos frentes el general Napoleón Bonaparte (sitio de Tolón, campaña en el norte de Italia, expedición a Egipto, etc.), y que, nombrado primero Cónsul y luego Emperador (coronado en presencia del papa Pío VII), fortaleció la estrategia francesa de aislar totalmente a Inglaterra de su influencia continental, e inició su propia política dinástica de nombrar a sus familiares y amigos reyes de diversos países (Holanda, Suecia, Nápoles y la propia España tras haber tomado como rehenes o prisioneros a los reyes Carlos IV y su hijo Fernando VII de Borbón). Él mismo se casó con la princesa María Luisa de Austria en 1810. A través de diversas decisiones, Napoleón llegó a unificar políticamente Italia y Alemania, eliminando decenas de señoríos y ciudades autónomas existentes hasta entonces. Invadió Rusia alcanzando Moscú en 1812, de donde hubo de retirar luego su ejército casi destruido por los rigores del hambre y del invierno. La ofensiva de los ejércitos ingleses a partir de bases situadas en torno a Lisboa, con colaboración española, terminó, años más tarde, derrotando, al mando del futuro Duque de Wellington, las pretensiones bonapartistas en Waterloo. Entre tanto, la presencia de la armada británica en Gibraltar había permitido que representantes del pueblo español hubieran establecido la Constitución de Cádiz, blindando estratégicamente esta ciudad.

Mas la influencia bonapartista se mantendría en diversas formas, ya en diversas monarquías europeas, ya en la ulterior proclamación de un sobrino de Napoleón, Napoleón III, como Emperador de Francia, hasta que nuevas confrontaciones —esta vez con Alemania ya casi unificada bajo la hegemonía del Rey de Prusia— lo eliminarán del horizonte político en la nueva guerra que terminó con derrota francesa en 1870, donde se alzaba ya la hegemonía europea de un nuevo imperio, el prusiano.

Pero esto es ya casi actualidad. Pronto comenzaría la Primera Guerra Mundial, en 1914.

Expansión mundial de la presencia europea (política, económica, cultural)

A comienzos del siglo XVI las marinas españolas y portuguesa alcanzaban territorios ya conocidos anteriormente (África, Asia, archipiélagos polinesios, y las tierras americanas recientemente descubiertas). Los rusos, por su lado, se extendían al este y norte de los Montes Urales hacia Siberia. Los genoveses y venecianos mantenían su comercio de bienes valiosos hasta el interior del Asia continental. Las potencias mediterráneas rechazaban la invasión turca (España en el sur de Italia ya en 1488)

Las escisiones ideológicas internas en España, provocadas por cierta pérdida de conciencia nacional y cultural propia

Un factor muy desfavorable en la participación española en los sucesos del resto de Europa ha sido que, aun cuando no haya actuado directamente –esto casi siempre con resultado nefasto tal como se ha visto a propósito de las Guerras de los Treinta Años, de Sucesión, y de las Napoleónicas–, sin embargo la opinión pública española y las simpatías ideológicas de la gente han solido tomar partido, entre las diferentes Potencias, cuando había hostilidades entre las mismas. O, lo que es más grave, los intereses culturales o ideológicos predominantes en otros países han generado dentro de la propia España (aunque los factores externos no hubieran significado nada en favor o en contra de los intereses españoles), posiciones políticas encontradas entre sí, mimetizando actitudes y posiciones que tenían lugar en otros países europeos, hasta el punto de asumirse en bandos internos españoles enemistades políticas que se daban en países ajenos.

Este fenómeno ha conducido incluso a guerras civiles que han impedido, durante los siglos XIX y XX, el desarrollo normal de la cultura y de las instituciones sociales y políticas españolas. Pongamos varios ejemplos.

La intervención napoleónica dividió a las instituciones, e incluso al ejército y a la Nobleza, entre el bando francés y el independentista.

La restauración fernandina (1814) provocó la división entre liberales (de simpatía pro-inglesa) y absolutistas (de simpatía pro-francesa), que originó dos guerras civiles, e incluyó episodios de expulsión de los Reyes (1868-1874), e implantación abortiva, primero de una dinastía italiana, y luego de una Primera República semi-federalista y plenamente anárquica.

El desarrollo de la Primera Guerra Mundial produjo la división entre germanófilos y francófilos.

La expansión ideológica de los modelos revolucionarios social-comunista y social-nacionalista trajo consigo, primeramente, la implantación de la Segunda República tras una década de dictadura militar, y posteriormente la revolución marxista-secesionista de 1934 contra la República, y posteriormente el alzamiento social y militar que degeneró en una tremenda Guerra Civil (1936-1939), cuyos gritos extremos eran,

para ambos bandos, los irreconciliables de ¡Arriba España! y de ¡Viva Rusia!, respectivamente.

Prácticamente, tras el régimen dictatorial que siguió al resultado de aquella contienda, y de la postración social, cultural e intelectual de un pueblo debilitado y acaso envilecido tras tantas catástrofes como le han acaecido, y que la implantación del régimen democrático inspirado en la Constitución de 1978 no acaba de superar; la integración de España en la Unión Europea, y la necesidad de integrarse también plenamente en los valores que la progresiva fundación de la actual UE supone, son una bendición celestial que a veces tememos no merecer, pues podríamos aún no estar a la altura que tales responsabilidades suponen.

■ Conclusión

Por ello, la concesión del Premio Nobel de la Paz del año 2012 a la UE, es también, para los españoles, no solo un privilegio, sino un estímulo para llegar a merecer este privilegio.

La sintonía cultural y social que la pertenencia a la EU supone para España permite imaginar que el pueblo español en su conjunto adecúe dentro de sí mismo, por fin, el juego de sus instituciones, y sobre todo los contenidos sociales, económicos y morales de sus proyectos políticos; en el sentido de que la paz sea, además de un objetivo ideal, un método pragmático de hacer compatibles, tanto la libertad igual de los ciudadanos, como una cooperación continental comprometida en mejorar los instrumentos de justicia capaces de ampliar horizontes de paz en el mundo contemporáneo.